

Reseña

María Teresa Fernández Aceves, *Mujeres en el cambio social en el siglo xx mexicano*, México, Siglo XXI/ CIESAS, 2014, 348 pp.

Laura Benítez Barba*

Como bien lo dice la autora el objetivo general del libro es “examinar las trayectorias políticas y de vida y la intervención de cinco mujeres militantes y feministas en la esfera pública”; es decir: cómo, cuándo, dónde y por qué la participación de estas mujeres se hizo notoria en los espacios públicos no sólo en la Guadalajara del siglo xx, sino en México e incluso en el extranjero. Las mujeres a las que se refiere María Teresa Fernández Aceves son: Belén de Sárraga Hernández (1872-1950); Atala Apodaca (1884-1977); María Arcelia Díaz (1896-1939); María Guadalupe Martínez Villanueva (1906-2002) y Guadalupe Urzúa Flores (1912-2004).

Estas mujeres ayudaron a crear una “cultura moderna” en la época revolucionaria y posrevolucionaria mexicana, y en el caso de Belén de Sárraga, latinoamericana. Sus condiciones históricas así como sus propias experiencias de vida les sirvieron para convertirlas en incansables activistas y feministas que “lucharon por una sociedad más justa”; modificando las “configuraciones sociales de feminidad, masculinidad, política y ciudadanía en el siglo xx mexicano”; las que Fernández aprecia gracias al análisis de género; la nueva historia cultural; la nueva biografía; los estudios posrevisionistas y de género de la revolución mexicana y el proceso revolucionario de formación de un nuevo Estado; los análisis de agencia de las mujeres en el movimiento obrero; así como la discusión entre género, poder, política y ciudadanía que realizó.

Fernández nos aclara que aunque la vida de estas mujeres fue excepcional, no fueron las únicas. Con una perspectiva de larga duración de los procesos sociales se puede ver cómo la participación activa de las mujeres tuvo repercusiones; como su emancipación, su visión anticlerical, mejor educación, el logro de sus derechos civiles y sociales, el voto y su intervención en asuntos políticos con cargos públicos, por mencionar algunos. El libro, compuesto de seis capítulos, inicia

* Biblioteca Pública del Estado de Jalisco “Juan José Arreola”

con el contexto para entonces dar pie a los apartados con cada una de las mujeres mencionadas, en los cuales revisa la participación política de éstas durante los procesos políticos y sociales de la historia de México en el siglo xx, por lo que su intervención cuestionó los papeles tradicionales femeninos asignados por el Estado y la Iglesia.

La española Belén de Sárraga Hernández, nació en Valladolid en 1872 y murió en México en 1950. Estudió la normal en Puerto Rico donde su abuelo, Fernando Ascensión de Sárraga y Aguayo era el dictador; ella recibió educación liberal ilustrada y empezó estudios en medicina. De regreso en España se unió a centros frecuentados por anarquistas, donde se familiarizó con los derechos de los trabajadores, la educación racionalista y la lucha en contra del capitalismo. Sárraga se convirtió al espiritismo porque reivindicaban la emancipación de la mujer proponiendo educación para que las alentara a progresar, pugnaban por la presencia de las mujeres en el mercado de trabajo y en funciones más allá del matrimonio o el convento, y favorecía las reformas en los códigos legales para disminuir la desigualdad jurídica de las mujeres.

Como era una excelente oradora comenzó a dictar conferencias en España y varios países latinoamericanos, lo que la trajo a México por primera vez en 1912, invitada por el presidente Francisco I. Madero, también espiritista y librepensador, los masones y otras organizaciones liberales; su propósito era restarle fuerza al Partido Católico Nacional (pcn), atacar a la Iglesia católica y a la religión. Lo que por supuesto sucedió, ya que responsabilizó a la Iglesia católica de las condiciones en las que se encontraba el país, además de un fuerte debate sobre la feminidad, la masculinidad y el papel de las mujeres en la sociedad.

Las reacciones entre la opinión pública fueron diversas, algunos reconocían su elocuencia y su extraordinaria inteligencia, pero otros la satanizaron, se organizaron marchas en protesta y apoyo, en Guadalajara después de una de sus conferencias hubo disparos y hasta una bomba. En México, el gobierno revolucionario aceptó sus ideas anticlericales, pero no el que las mujeres fueran autónomas y combatientes como ella. En 1922 regresó a México, nacionalizándose en 1926, y en 1925 editó la revista mensual *Rumbos Nuevos* hasta 1927.

Como en su discurso buscó la emancipación de la humanidad, en México tuvo como contactos a diferentes caudillos de la revolución y presidentes: Francisco I. Madero, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles y el gobernador de Yucatán, Felipe Carrillo Puerto. Se convirtió en defensora y propagandista de la revolución mexicana en el extranjero. Estaba a favor de la autonomía de los trabajadores y una vez, un poco más moderada, limitó su perspectiva femenina a la emancipación de las mujeres del poder de la Iglesia católica, aunque nunca abogó por el sufragio femenino. Con la creación de la Federación Anticlerical Mexicana (FAM) organizaron conferencias mensuales. Después de la guerra Cristera el gobierno ya no la necesitó así que en 1931 regresó a España volviendo a México en 1939 donde murió en 1950. Aunque fue recordada como una “vieja gritona que causó mucho daño en la clase trabajadora y en algunas mujeres”; Sárraga concibió a las mujeres como parte de la humanidad, donde la prioridad era su emancipación y su educación.

Atala Apodaca nació en Tapalpa, Jalisco en 1884 y murió en Guadalajara en 1977. Estudió la normal y “en ella se politizó por su afiliación a asociaciones culturales dentro del contexto del colapso del porfiriato, del ascenso del maderismo y del surgimiento del PCN”, se radicalizó con el movimiento antireeleccionista, la campaña de Madero, el movimiento católico, la Revolución, la masonería y la publicación de las ideas propagandistas y pedagógicas de las mujeres liberales. Se integró a la Liga amigos del pueblo (LAP) donde estuvo en contacto con los miembros del Centro Bohemio y conoció a José Guadalupe Zuno y éste a su vez la puso en contacto con el gobernador del Estado, Manuel M. Diéguez, quien la nombró inspectora de escuelas.

Apoyó la campaña contra Victoriano Huerta entre 1913 y 1914 causando sus acciones escándalo y miedo entre algunos integrantes de la Iglesia católica, pero como no cesó, la Iglesia inició una empresa en contra de ella; sin embargo, “anticlericales, liberales, militares constitucionalistas y masones la consideraron como una mujer extraordinaria y con fuerte influencia para lograr un cambio social, modernizar y secularizar a la sociedad mexicana”. Apodaca sobresalía por ser anticlerical, con tendencias jacobinas, inteligente y al igual que Sárraga, muy buena oradora, cada semana daba pláticas “revolucionarias” en el Teatro Principal.

En 1914 fundó y presidió el Círculo Liberal Josefa Ortiz de Domínguez (CLJOD), ganando un espacio cultural y político muy importante, aunque mantuvo la presencia masculina, la cual le dio legitimidad y ratificaba sus vínculos con el constitucionalismo. Como apoyó a Diéguez durante el ataque de los villistas a Guadalajara, el gobernador Julián Medina, la destituyó de su cargo de inspectora, un año después fue reinstalada; no obstante, la Iglesia no dejó de combatir a los anticlericales, e hicieron que Diéguez revocara los decretos que afectaban a la Iglesia.

En protesta las mujeres radicalizadas crearon el Centro Radical Femenino (CRF) apoyando los postulados de la Constitución de 1917. Las mujeres que organizaron a otras mujeres por sus derechos fueron vistas como “no mujeres”. Apodaca fue una profesora que rompió con el estereotipo liberal que veía a las mujeres como católicas pasivas en contra del progreso. Promovía una nueva identidad femenina: anticlerical, revolucionaria y política.

María Arcelia Díaz, nació en La Escoba, Zapopan, Jalisco en 1896 y murió en 1939. Fernández examina la invisibilidad de Díaz como obrera y cómo se convierte a líder textil gracias a las políticas laborales de Zuno. Fue hija de campesinos y desde muy pequeña empezó a trabajar en la fábrica textil Río Blanco que sustituyó a La Escoba; se dice que sus compañeras la enseñaron a leer y escribir, lo que la llevó a conocer los manifiestos de los hermanos Flores Magón, algunos periódicos liberales y las publicaciones de la Casa del Obrero Mundial (COM). Desde los doce años de edad vio las huelgas textiles en la región y a los catorce ayudó a organizar un sindicato, pero la despidieron, lo que la llevó a migrar a diferentes regiones. A su llegada a Guadalajara se percató de que no se otorgaba el salario mínimo ni se respetaba la jornada laboral de ocho horas.

Díaz observó también cómo las asociaciones católicas querían inculcar en las obreras los valores morales, pero no se preocupaban por mejorar sus condiciones de trabajo, por lo que se unió

al CREF, quienes estaban afiliadas a la COM y vinculados con el Consejo Feminista Mexicano, las que protestaron por el uso de la religión para adoctrinar y controlar a las trabajadoras. Díaz coincidía con Apodaca al estar a favor de “organizar a las obreras con una visión opuesta a la católica y con el fin de contribuir a crear una ‘nueva mujer’ con ideas radicales, con una mezcla de ideas anarco-sindicalistas, socialistas y comunistas.”

En 1922 los trabajadores de La Experiencia tuvieron la necesidad de crear un sindicato, Díaz estuvo involucrada, se formó la Unión Obrera de La Experiencia (UOLE), su lema fue: “por el bien colectivo”, desde entonces la mesa directiva del sindicato fue muy activa, sobre todo al defender a obreros despedidos injustamente. Se quejaron del abuso de los porteros, quienes permitían la entrada tarde a los trabajadores católicos, pero no a los “rojos”, exigieron que se llevaran a cabo inspecciones para controlar las malas condiciones en las que trabajaban, la falta de servicios médicos y los bajos salarios. Esto provocó que ese mismo año intentaran asesinarla.

En 1923 fue despedida, llevó su caso ante el Departamento de Trabajo y logró que se le pagara el salario de tres meses; sin embargo, después de su despido llevó su labor de inspección y denuncia a otras fábricas, además de ayudar a formar sus respectivos sindicatos. A pesar de que el Departamento de Trabajo sólo le dio un nombramiento como inspectora honoraria, fue la primera representante obrera de la industria textil local en la Junta Municipal de Conciliación y Arbitraje. Finalmente Zuno la nombró inspectora del Consejo Superior de Salubridad, un puesto considerado “más propio para la labor pública de las mujeres y como parte de una política maternalista dentro de la modernización del patriarcado.”

En 1927 creó, junto a otras siete mujeres, el Círculo Feminista de Occidente (CFO), afiliándolo a la Confederación de Obreros de Jalisco (COJ) para luchar por las trabajadoras, y una forma de ayudarlas era mediante la educación. Con una perspectiva maternalista, pero ampliando sus funciones hacia el trabajo, la educación y la modernidad. Ayudaron a muchas obreras a crear su sindicato, y para ello era preciso que supieran leer y escribir; publicaron el periódico *Fémima Roja*. En 1939 por su ardua labor, el gobernador Silvano Barba González la nombró inspectora de asistencia social; sin embargo, ese mismo año murió. Díaz fue parte de una generación de mujeres que se “integraron al proceso revolucionario, al conflicto Iglesia-Estado, al movimiento obrero organizado y al incipiente movimiento feminista”, por lo que fueron vistas como transgresoras del estereotipo.

María Guadalupe Martínez Villanueva, nació en Guadalajara, Jalisco, en 1906 y murió en 2002, su padre de origen proletario fue el primero que la introdujo a la política y al movimiento obrero, la llevó a reuniones de la COM y la inscribió en la Escuela Iconoclasta, dirigida por maestras anticlericales y pioneras en el movimiento feminista en Guadalajara, estudió la normal y se preocupó porque hubiera centros de alfabetización para los obreros, promovió una moral secular y que las mujeres tuvieran acceso al trabajo, un salario mínimo, derecho a formar un sindicato y demandar la igualdad en los centros de trabajo.

Cuando María Arcelia Díaz falleció, Martínez estuvo al frente del CFO, ahí aprendió a tener “fuerza y control para imponerse, aunque fuera por medios no democráticos y violentos”, por lo

que la autora la introduce al contexto de los caciques. Sabía que no podía mantenerse al margen de las organizaciones políticas de los hombres, tenía que aliarse y colaborar con ellos, siempre y cuando resolvieran también las necesidades de las mujeres. En 1934 fue directora de la revista *Fémina Roja*. Con el tiempo pasó a puestos políticamente más importantes: la Secretaría de Acción Femenil del Comité Regional del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y de la Federación de Trabajadores de Jalisco (FTJ), aunque nunca dejó del todo el CFO.

Martínez creó un espacio público para discutir no sólo asuntos relacionados con las trabajadoras y las mujeres, sino para formar un grupo político de hombres y mujeres que ayudaran a consolidar el cacicazgo de su esposo, el líder sindical Heliodoro Hernández Loza. Martínez ejerció el papel de intermediaria entre las trabajadoras y los líderes masculinos del movimiento obrero, también mantuvo una política de reciprocidad, las ayudaba en sus problemas cotidianos y éstas a su vez le debían lealtad para acompañarla en los mítines políticos. Con el tiempo Martínez cambió su cultura política obrera de lucha por la emancipación de las mujeres a más moderada para consolidar su grupo y su presencia en la política, lo que la hizo formar parte de las estructuras de poder.

Guadalupe Urzúa Flores nació en Jocotepec, Jalisco en 1912 y murió en Guadalajara en 2004, creció dentro de una familia liberal y de profesionales, maestros y farmacéuticos, pero perdió a sus padres desde muy pequeña, por lo que quedó al cuidado de sus parientes en San Miguel Hidalgo, donde le ayudaba a su tía Julia en su farmacia, ahí conoció a muchos enfermos de lepra, enfermedad frecuentemente ligada a la pobreza, también trabajó como maestra en el Centro Cultural Deportivo “Hidalgo”. A los diez años de edad escuchó el discurso de Zuno durante su campaña para gobernador, populista y anticlerical, como la niña tomaba notas se conocieron y con el tiempo llegaron a ser amigos.

Para Urzúa la mujer casada sufría mucho, así que decidió hacerse cargo de su sexualidad y convertirse en “otro tipo de mujer”, una que promovía la “modernización del patriarcado, que buscara la transformación de los modelos de género a través de reformas agrarias, civiles y laborales; que luchara por la libertad de las mujeres y los niños en el ámbito familiar y laboral, y por el control de la reproducción y apoyara la salud del campesino como una figura importante en el desarrollo nacional...”

En 1936 formó parte de la Sección Femenil del Comité Agrario Regional, dos años después fue secretaria de la Acción Femenil del Comité Campesino de Jalisco del Partido de la Revolución Mexicana (PRM) y fue miembro fundador de la Confederación Nacional Campesina (CNC). Se identificaba con los problemas sociales y los desprotegidos; es decir, los campesinos pobres y leprosos. Fue conocida por cabildear para que se hicieran trabajos públicos a favor de la comunidad y de reforma agraria, como carreteras y hospitales, eliminando la lepra de San Martín Hidalgo.

Debido a su actividad política se cuestionó su sexualidad; para algunos, Martínez realizaba su trabajo político debido a su belleza, con ella cautivaba a los políticos importantes; para otros, era todo lo contrario, la mujer perdía su feminidad cuando entraba en la política. Más que considerarla

como a Guadalupe Martínez, una cacique, la autora la ve como una gestora, ya que nos explica que cada concepto implica una noción diferente de poder. Un gestor es una persona que “promueve y lucha por la solución de problemas locales específicos que buscan beneficiar a las comunidades; pero no necesariamente pertenece a la localidad”. Fernández aclara que tanto los caciques como los gestores fueron muy importantes en el “contrato social del PRI, ya que hicieron hincapié en los incentivos crecientes de infraestructura como una forma de compensar la desigual distribución de la riqueza en el país”.

Urzúa fue también una intermediaria, pero cultural y políticamente entre los campesinos y la política local, estatal y federal. Además de su vasta labor social Martínez fue regidora de su pueblo, la primera diputada federal por Jalisco, demandando el derecho de las mujeres campesinas a recibir tierras, llegó a serlo otras tres veces más, además de presidenta municipal de Jocotepec (1883-1886) y años después de San Martín de Hidalgo (1997-2001).

María Teresa Fernández se interesa en el papel que desempeñaron las mujeres en la construcción de conceptos como: ciudadanía, educación, poder, política y trabajo en relación a la Iglesia y el Estado; a la vez que con la revolución mexicana; la formación del nuevo Estado; la consolidación de instituciones corporativas y la participación de las mujeres en puestos de elección popular.

Estas mujeres “recurrieron a representaciones femeninas militantes y combativas para ganar más apoyo y movilizar a otras mujeres. En sus campañas (educativas, campesinas, electorales, laborales, de salud y sufragistas) decidieron controlar su identidad visual e ir más allá de los estereotipos femeninos promovidos por la Iglesia y el Estado; en ciertos momentos se masculinizaron o dejaron de ser “mujeres tradicionales”.